

homogenidad de pensamiento no se conservarían largo tiempo. El germen de la discordia está en la diversidad de los intereses, es decir, en los que constituyen hoy la esencia misma de la humanidad. Cada uno de los Estados asociados tiene sus intereses diverjentes, sus preocupaciones nacidas del interés. Si en la cuna de la asociación, la necesidad ha hecho callar su voz disonante, y formado con los grupos que la componen, un solo y vigoroso haz, es muy difícil que el trascurso del tiempo, y la acción poderosa, secreta, inevitable de las pasiones humanas, respeten siempre esta unión tan difícil de mantener. Todos los ciudadanos juzgan que la seguridad universal es el objeto que se desea, pero como esta seguridad se ofrece á sus miradas bajo un aspecto vacilante, bajo colores variables; como su punto de vista, por otra parte, no es el mismo, difieren de opinión, proponen medios contrarios para asegurar el bienestar del país, y prefieren la prosperidad local de su Estado, á la prosperidad nacional de la federación.

Si tenemos ahora en cuenta las dificultades, podríamos casi decir las imposibilidades que hay en mantener una igualdad perfecta entre los diversos Estados confederados, la cuestión se hace más y más insoluble. En efecto, la fortuna favorece á unos, mientras que circunstancias imposibles de prever, reducen á otros á una inferioridad relativa. Es en vano el tratar de repartir con igualdad entre los grupos asociados, las ventajas adquiridas por la comunidad

federal; es en vano que se procure conservarles una posición perfectamente análoga y perpetuar su situación primitiva; la experiencia misma se encarga de disipar estas utopías fantásticas.

Admitamos, por ejemplo, que la primera constitución que ha fundado muchas repúblicas y asociado sus destinos, haya distribuido muy generalmente entre ellas la suma total de influencia y de poder para equilibrarlas del todo. Ciertamente que las provincias marítimas, agrícolas ó comerciales no tardarán en superar bajo el aspecto de la fortuna y del crédito á las provincias montañosas y estériles. Por una parte se encontrará la industria, por otra el tráfico y por otra una vía estrecha y salvaje. Los cantones ricos contrastarán con los pobres; el poder, hijo de la riqueza, se hallará repartido con desigualdad; los cantones menos favorecidos se ligarán para sustraerse de la opresión de los más poderosos y el lazo federal roto en mil pedazos, caerá en un lago de sangre.

Tal fué la historia de la liga Aquea. Tebas, Esparta y Atenas dominaron á su turno el consejo de los Anfictiones, y la Grecia estaba perdida, como lo dice muy bien Montesquieu, cuando un rey de Macedonia vino á colocarse en medio de este senado impotente: entonces se rompió el lazo federal; apenas algunas ciudades poco importantes de la Acaya continuaron sosteniéndose mutuamente; la influencia de las armas y de la civilización, Macedonia dominó todo; se trató de reanimar la llama del patriotismo,



y el Peloponeso casi entero entró en una nueva liga, en que la ambiciosa Atenas, hollando esta vez su egoismo ordinario, tuvo el heroismo inesperado de tomar parte. Esparta sola, que no habia perdido el recuerdo de su antigua y omnipotente tiranía, vió con ojos celosos el aumento del poder aqueo: se armaron de ambas partes; intervino Macedonia, pero no hizo triunfar á los aqueos, sino para venderles mas caro este triunfo pasajero. La preponderancia macedonia mas timible de dia en dia fomentó disensiones, suscitó celos siempre numerosos y flagrantes entre ciudades rivales, y la confederacion, destituida de armonía y de conjunto, temiendo en el mismo grado la Acaya y la Macedonia, y no pudiendo determinarse de una manera definitiva en favor de una ú otra, acabó por una vergonzosa disolucion.

En medio de esta crisis, el poder romano se mostró en la escena sangrienta de la Grecia. Roma, tan artificiosa como conquistadora, cuya política profunda, paciente, falaz, no ignoraba que un pueblo dividido debe ser tarde ó temprano presa de un poder extranjero, prefirió dejar esta presa, destinada á desgarrarse con sus propias manos. De aquí es que la política romana, en lugar de dirigir sus ejércitos contra Grecia, se ocupó en destruir y minar secretamente el último apoyo de la independencia de los griegos; esta contemporizacion maquiavélica no tardó en producir sus frutos. Se invocó la funesta intervencion de Roma; y la Acaya, casi como el resto

de la Grecia, se sometió al yugo vergonzoso de una esclavitud sin esperanza, yugo forjado con sus propias manos, y tanto mas humillante, cuanto que los vicios y los errores de los vencidos habian podido solos reducirlos á este estado de abyeccion. En fin, la historia de la confederacion olintia, nos ofreceria aun si fuera preciso, otra prueba no menos asombrosa, de la tendencia de los Estados confederados á desunirse luego que uno de ellos cree deber reasumir al poder soberano.

El ejemplo de las Provincias Unidas, como lo hemos dicho ya, no destruye las pruebas que acabamos de dar; lejos de esto. Su confederacion duró dos siglos, y la época de su poder real no abraza la sexta parte de este periodo. El espíritu de faccion, unido á otras consecuencias de su prosperidad, á la vez extraordinaria y poco duradera, la entregó en 1672, sin defensa y sin recurso á la ambicion de la Francia. Se entabló una lucha, y sin destruir la liga de los confederados, hizo caer la Holanda de la alta y brillante posicion que habia ocupado entre las naciones européas. Reducida á un estado de debilidad insignificante, si subsistió bajo su forma federativa hasta la revolucion francesa, lo debió á esta misma nulidad y la política interesada de las potencias extranjeras, cuya ventaja comun era proteger la República.

Si aun una asociacion de democracias pacíficas corre tan grandes riesgos tan luego como adquiere la ri-



queza y el poder, una federacion guerrera y conquistadora está espuesta á peligros mucho mas ciertos y mucho mas temibles. Los talentos militares de un gefe triunfante, la abnegacion de un ejército victorioso, la existencia de un ejército permanente son otras tantas causas inevitables de ruina para la federacion. La conquista, el engrandecimiento, la usurpacion son inherentes á la naturaleza humana; y mientras no se haya terminado una vez por todas, con los juegos sangrientos de la fuerza y del azar, toda asociacion de hombres ó de pueblos que haya visto coronados con el triunfo sus primeros esfuerzos, tardará de aumentar su riqueza, de estender su territorio y de dominar á sus vecinos.

Circunstancias particulares pueden echar una muralla inespugnable contra la que venga á estrellarse esta ambicion. Un pueblo por su sola posicion geográfica se verá obligado á la moderacion y al reposo, porque no podrá aspirar á una alta influencia política; una confederacion, en fin, puede hallarse favorecida y afirmada por esta misma incapacidad, y la asociacion helvética nos ofrece un ejemplo de ello. La liga suiza ha durado casi intacta por quinientos años; gracias á esa situacion anormal que no permitia á los cantones confederados aspirar á vastas conquistas, y los obligaba á limitarse á la conservacion y consolidacion de sus derechos adquiridos.

Un sentimiento heróico y justo, la necesidad de resistir á la opresion, fué el único móvil de la rebe-

lion de Guillermo Tell á fines del siglo XIII: ninguna idea de poder nacional entraba en los espíritus de esos aldeanos valerosos, y no fué sino tres siglos despues de su insurreccion, cuando rechazaron y rompieron definitivamente el señorío feudal del imperio. —Bastaba á los cantones sustraerse á las exigencias de la tiranía austriaca: luego que se sentian heridos en sus intereses, se reunian á la liga política, y no tenian otra ambicion que vivir pacíficos. Durante el siglo XIV, la historia de la Suiza ofrece el ejemplo de todas las virtudes y de la felicidad tranquila que las sigue; las miradas se separan con disgusto del espectáculo sangriento que presenta el resto de la Europa, y reposa sobre esta oasis apacible, mansion de la probidad, de la moderacion, de todas las cualidades morales, políticas y privadas. El filósofo compara la prosperidad de este pequeño pueblo sin ambicion, con las locuras de los reyes, con las infamias contemporáneas, y se regocija de hallar en fin, un ejemplo que le permite no desesperar de la felicidad de los pueblos, no poner en el número de las quimeras inútiles las utopias de los publicistas.

Hubiera sido una dicha para la Suiza que sentimientos tan puros se conservasen en ella y que en la lucha contra sus antiguos tiranos, no hubiera conquistado otros bienes que su libertad; pero la sed de riqueza es inseparable de la victoria. Orgullosos con haber deseado la caballería austriaca y humillado al rey de los romanos, los aldeanos de Schwitz y de Lu-



cerna compraron su triunfo á costa de su sencillez primitiva que lo habia asegurado; se derramó el oro en el seno de los valles suizos, en esas guaridas inaccesibles en que el cuidado de los rebaños y el cultivo de las tierras habian solos sostenido hasta entonces la existencia del hombre: se convirtió en guerrera esa poblacion rústica; se habia amado la libertad por sí misma, se amó el lujo, la gloria y la vida de los campos. ¡La sociedad helvética desapareció! Ese valor que desplegaban pobres aldeanos en defensa de sus hogares domésticos, lo vendieron al que ofrecia mas, al último postor. En lugar del heroismo del soldado que combate en defensa de su país, se vió desarrollar en los helvecios la abnegacion ciega del seide; en lugar del entusiasmo del patriota, el desprecio brutal de la muerte. Este comercio de sangre humana deshonró la confederacion suiza; pero en cambio se aseguró la tranquilidad interior por esta costumbre que ponía al sueldo de las potencias estrangeras la actividad de la juventud y el turbulento valor de los ciudadanos mas inquietos.

La reforma ejerció sobre esta nacion una influencia benéfica al principio: la moralidad nacional se mejoró; se vió con un disgusto siempre creciente ese alquiler de hombres, ese préstamo usurario de sangre humana, ese servicio mercenario que acabamos de señalar. Pero las otras consecuencias del mismo acontecimiento fueron desastrosas: dos siglos de guerras religiosas aniquilaron la Suiza. A prin-

cipios del siglo XVIII apenas, un combate que parecia interminable acabó por el estado de debilidad y de marasmo en que se encontraban los cantones enemigos; el cansancio mútuo hizo caer las armas ensangrentadas en las manos católicas y protestantes, y hasta la época en que la revolucion francesa volvió á poner en cuestion la existencia política de Europa, la Suiza fatigada gozó de una paz cuyo precio sentia al fin.

¿Qué es, pues, esa confederacion suiza, pretendida union, liga en hostilidad siempre interna, discordia permanente? ¿Y cómo á pesar de esas hostilidades espantosas, de ese duelo á muerte entre todos los cantones, se ha mantenido el lazo federal?

Por su debilidad misma; porque hablando propiamente, ese lazo no existia. No habia en Suiza ni tesoro comun, ni centro de gobierno, ni leyes generales, ni costumbres nacionales, ni códigos, ni lenguaje idéntico, ni moneda adoptada, ni ejército helvético. Aun en tiempo de César, los *pagi* eran independientes unos de otros, y esta independencia se ha perpetuado. La constitucion se contentó con garantizar la independencia de todos; y el compromiso de armarse para la defensa mútua de los cantones atacados, fué el solo resultado positivo de esta federacion ilusoria. En realidad, cada provincia era soberana y no tenia órden que recibir, sino de sus propios gefes. Si la naturaleza habia formado, por decirlo así, con sus propias manos, esta asociacion inevita-



ble de pequeños Estados aglomerados y distintos, ninguna combinacion política habia tampoco unido sus intereses por un tratado, por una ley, por una institucion cualquiera. Antes de la reforma, cuando el imperio pesaba sobre ellos, sentian la necesidad de la union mas compacta, porque su existencia de pueblo pendia de la consolidacion de esta liga, cuyos resultados habian sido tan brillantes: pero pasado el peligro, el haz se desunio y sus fragmentos se aislaron. Se vió á Berna despues de la reforma, tratar con la Holanda protestante, y á Lucerna católica, aliarse en el mismo tiempo con la Francia. Mas tarde y sin que nadie se sorprendiese, Berna se rehusó á tomar parte en la guerra contra Leopoldo de Austria y en la batalla de Sempach. ¿Cómo se llamaria entonces federacion una asociacion que no lo es, que no exige ningun sacrificio, no impone ninguna ley, no hiere ningun interés, no tiene ningun efecto y no es de ningun uso? Seguramente que tal liga debia sobrevivir á todo; era un nombre mas bien que un lazo, un título comun mas bien que un verdadero pacto.

La confederacion suiza era pues nula; el poder federal no existia: en lugar de ese centro de autoridad sin el que una masa política no se mantiene nunca, la Suiza tenia por defensa los Alpes y la naturaleza de su suelo.

Ahora, si de estos ejemplos y de estas lecciones que la historia nos ofrece, deducimos las consecuen-

cias y los corolarios naturales, encontramos los siguientes resultados:

1.º Toda federacion es contraria á la adquisicion del poder.

2.º Luego que el poder se adquiere, la union federal se compromete.

3.º La ventaja principal del sistema federativo es la mejora del gobierno interior de cada Estado.

4.º Una federacion perfecta seria aquella que reuniese las ventajas de una asociacion poderosa contra el extranjero, y las que resultan del aislamiento de los intereses de cada Estado.

5.º Ahora, es imposible que los intereses de la sociedad general no se encuentren á menudo en lucha con el interés particular de cada sociedad distinta. De aquí provienen division, incapacidad de poder y ruina inevitable; á menos que, como en Suiza y en Holanda, una reunion de circunstancias anómalas, no reconcilie por algun tiempo, esos elementos divergentes, y no dé á la asociacion una existencia siempre pasajera, pero con frecuencia brillante por su misma estrañeza.